

## Museo animal\*

Después de nuestro encuentro en aquella inmensa sastrería en el Bronx la dinámica de nuestra colaboración pareció cambiar. Algo en mí se resistía a participar en aquello que creía una mera payasada, el mero juego de una niña mimada. Giovanna, sin embargo, nunca se mostró más entusiasta. Desde ese momento siempre era ella la que llamaba, ella la que se mostraba frente a la puerta del edificio, ella la que me abría la puerta y la que inevitable comenzaba la conversación. El tema era fijo: la máscara. Podíamos pasar horas hablando de camuflaje, del mimetismo de ciertos animales en plena selva, pero todo siempre acababa por convertirse en un monólogo de Giovanna en plena noche. Yo la dejaba hablar, hasta llegaba a admirar un poco el furor de ese entusiasmo con el cual pretendía tomar el mundo como si en cada gesto se jugase una guerra. Yo la dejaba hablar, dejaba que sus largos y pálidos dedos jugaran a esbozar arabescos en plena madrugada, pero muy en el fondo sabía que por más que hablase la guerra había sido perdida y que yo estaba allí solo como testigo de los desvaríos de una obsesión ajena: aquella que la forzaba a llenar tableros enormes, aquella que la forzaba a trazar constelaciones en las que yo creía intuir un orden pero cuyos patrones cósmicos siempre terminaban por parecerme un tanto vulgares. Me quedaba allí hasta que de repente dejaba de estar allí y solo estaba ella, en una soledad acompañada no tan distinta de aquella que había trazado la niña de diez sobre un hospital caribeño. Yo me quedaba allí hasta volverme leve e invisible como los animales de los que hablaba. Entonces la dejaba en su faena y salía a recorrer los caminos que ya conocía, las calles por las cuales transitaba ya casi como un zombie, hasta llegar al bar de siempre y constatar, con una copa en mano, que la misma señora estaba allí, con los periódicos dispuestos y la

\* Fragmento de novela homónima publicada por Anagrama, en 2017.

mirada atenta. Algo en el mundo no cambiaba, me repetía a mí mismo con complacencia y así mismo partía de vuelta en el tren de las dos, hacia un New Brunswick que extrañamente había aprendido a volver a querer. Allí me esperaba alguna chica, el museo y las cervezas cotidianas entre las cuales Tancredo deslizaba la pregunta más obvia: ¿Por qué entonces te quedas? ¿Por qué no le dices que ya basta, que está muy bien el proyecto pero que tu cansancio te gana? Me preguntaba cosas así y yo me quedaba sin mucha respuesta, más que decirle que algo en mí quería acompañarla, ayudarla a esconderse mejor dentro de ese laberinto personal que tan afanosamente se empeñaba en construir. Le decía eso y Tancredo sonreía con entendimiento, creyendo que yo muy en el fondo la quería. Pero no, no era eso sino algo más, algo que solo saben los que participan en la gran marcha de los insomnes: que para un obsesivo no hay nada que tranquilice más que una obsesión compartida. Tancredo no podía entender eso y por eso yo callaba. Lo de Tancredo era otra cosa: las conjeturas disparatadas, el mundo vuelto metáfora, la realidad torcida en espejos. Y así, con la puntualidad de siempre, ella volvía a llamar y yo hacía el recorrido hasta Nueva York, sin motivo alguno más allá de aquel de acompañarla en ese largo viaje hacia la noche.

Debió ser por aquellos meses que un accidente volvió a desviar, levemente, mi rutina. Tal vez fue por aquellos meses que finalmente encontré, sin buscarlo, lo que creí ser un breve respiro. Una tarde Giovanna me llamó para leerme unas cuantas líneas del subcomandante, unas líneas poéticas en donde se narraba la historia de un virrey de indias que sueña la destrucción de su reino. En la historia, el virrey, aterrorizado por los vientos ciclónicos que cree haber visto, se afana en desmentir su sueño. Recorre entonces todo su reino, preguntándole a sus allegados por lo sucedido: va a sus guardianes quienes le aseguran haber soñado lo mismo, luego a los señores feudales quienes confirman lo soñado y finalmente a sus médicos quienes intentan convencerlo de que sus sueños son producto de brujería india. Temeroso, esquizofrénico, el virrey pide la tortura y la encarcelación de todo su pueblo. Recuerdo que Giovanna leía las frases del subcomandante como si fuesen puños, profecías de una historia venidera que sin embargo ocurría en un pasado muy antiguo. Recuerdo que la frase final decía: «Sueña y no duerme. Y el sueño sigue desvelándolo». Sin quererlo, sin esperarlo, sus palabras tocaron algo en mí y me hicieron recordar ese inmenso mural de Diego Rivera que de pequeño había visto en el Palacio Nacional: esa especie de historia abreviada de México dentro de la cual las formas parecían confundirse como si hubiesen sido trazadas por el mismo ciclón insomne. Cuando, dos horas más tarde, salí del edificio, todavía tenía la imagen del mural en mente y tal vez por eso, o tal vez por el cielo nublado que ya anunciaba tormenta, decidí que ese día, antes de llegar al bar del *Bowery*, aprovecharía y visitaría alguno de los museos de la ciudad. Así fue que llegué al Museo Metropolitano cargando los miedos de un virrey que en un imperio pasado se soñaba insomne.

El accidente fue entonces un cuadro, o la conjunción de un cuadro y una frase, o el mero aguacero que se abalanzó sobre la ciudad apenas tocaba yo los primeros escalones del museo. Una meteorología compleja que me forzó a deambular, por más tiempo de lo imaginado, las salas mojadas de aquel monstruo de mil caras dentro del cual me perdí hasta llegar, sin sentido alguno, a una pequeña sala de cuadros un tanto insípidos. Entonces lo vi: un cuadro insípido entre otros cuadros insulsos, un cuadro geométrico y simple hasta más no poder, que sin embargo se volvía complejo si uno lo miraba con cierto detenimiento. No que el cuadro fuese un juego óptico. Nada menos cierto. Muy por el contrario, todo en aquel cuadro parecía ser exactamente lo que era: un hombre pálido sentado en su escritorio de trabajo mirando por una ventana. Y sin embargo, cuando se le miraba detenidamente, el cuadro empezaba a ganar cierta densidad: aparecía la terrible soledad del hombre en esa ciudad ficticia que apenas se insinuaba en el breve fragmento de edificio citadino que manchaba la esquina inferior de la imagen. De otra manera el cuadro era eso: un hombre pálido sentado entre ventanas, mirando el cielo despejado de una ciudad cualquiera. Algo, entonces, empezaba a mutar: aparecía esa segunda ventana que era en sí la nuestra, la ventana desde la cual el observador miraba al hombre mirando. Recuerdo que busqué el título y hallé en él la misma literalidad plana de la imagen: *Office in a Small City, 1953*. El nombre del pintor, Edward Hopper, me sonó conocido pero no llegué a hacerme una imagen exacta de su obra. Me sonaba más bien a un animal saltarín, uno de esos animales cuasi-científicos que a Tancredo le gustaba mencionar tan pronto la conversación entraba en un especie de *statu quo*. Pensé en seguir caminando pero por alguna razón preferí quedarme allí, sacar mi pequeña libreta, mirar el cuadro y tomar unos breves apuntes. La frase que le acababa de escuchar a Giovanna me vino a la mente: «*Sueña y no duerme. Y el sueño sigue desvelándolo*». Y de repente lo vi claro: aquella imagen era la encarnación del insomnio. No importaba que en aquella ciudad ficticia, tan frágil y leve, el cielo estuviese despejado y el hombre apareciese iluminado por la luz. Aquella era la imagen de un hombre que en pleno día se soñaba insomne, doblado por ventanas, ajeno al tiempo real. Pensé en el virrey, en sus miedos y en su eterna furia y súbitamente me sentí terriblemente poderoso, capaz de mover montañas desde un simple escritorio en una ciudad marginal. Por primera vez en años volví a sentir la furia en las venas, ese ímpetu que me había caracterizado de adolescente, la sensación encafeinada de poderlo y quererlo todo. Todo en plena sala, con los espectadores transitando y yo allí, inmerso en mi megalomanía callada, feliz de haber hallado el camino de regreso, aunque fuese apenas eso: una sala en un museo mojado. Una sala terriblemente geométrica, dentro de la cual de repente las piezas del mundo empezaban a calzar como si de movidas de ajedrez se tratase. Recuerdo que me senté allí y me puse a pensar en la forma que tenían ciertos animales de quedarse callados, de encogerse un poco hasta volverse leves y anónimos, hasta acercarse peligrosamente a la nada. Me sentí cercano a ellos e intuí su poder silencioso. Luego pensé que más compleja aún era la vitalidad de las plantas, la fuerza secreta de los bonsáis y de las

algas, esa forma que tenían de agazaparse sobre sí mismas como si de una sutil exhibición de su omnipotencia se tratase. Y nos vi a todos –a Giovanna, a la señora de los periódicos, a mí y a Tancredo, a los asistentes y al hombre de camisa sin cuello – nos vi a todos detrás de nuestros escritorios mirando hacia ese mismo cielo despejado que ahora parecía salir del cuadro, inundar la sala y regresar a su lugar ficticio como si nada hubiese pasado. Apunté el nombre de ese pintor cuyo apellido me sonaba a rana y salí del museo dispuesto a cambiar de vida. Afuera un puñado de nubes parecía decidido a contradecirme.

No le conté a nadie del suceso. Ni a Tancredo ni a la chica española con la que me había enredado por esos días y que, como siempre ocurría, había acabado por convertirse en una especie de psicoanalista privada. Simplemente proseguí con mi rutina a sabiendas de que dentro de mí crecía una voluntad que algo tenía de planta o de alga. Recuerdo que Tancredo me miraba entre cervezas y creía intuir algo. Algo en ti anda en otra parte, decía. Pero luego se limitaba a afirmar lo que ya creía saber: que Giovanna me enamoraba de a poquito, me engatusaba con su misterio y que algún día yo sabría cuán largo podía ser el chiste. Yo callaba, sintiendo dentro de mí el retorno, tan largamente postergado, de esa misma voluntad infantil con la que en un pasado lejano había perseguido las siluetas del *quincunce* sobre una extensa cartografía de mariposas tropicales. Callaba y esbozaba una sonrisa, como si ahora fuese yo el que le propusiese al mundo una última broma.

Lo primero que me había chocado de los cuadros de Edward Hopper había sido su sencillez apabullante, esa literalidad total detrás de la cual, poco a poco, algo sin embargo parecía retraerse. Algo parecía erizarse dentro de eso que, de otro modo, hubiese parecido un mero panorama de postal. Tal vez por eso tardé dos días en buscar el papel en el cual había escrito su nombre junto al título del cuadro. Al final lo encontré, escondido entre los bolsillos de unos pantalones que había enviado a la lavandería. A pesar de lo borroso de la letra, logré distinguir el nombre, el título y la fecha: Edward Hopper, *Office in a Small City, 1953*. Entonces me dirigí a la librería de la universidad y compré un pequeño libro ilustrado sobre su obra. Dos horas más tarde, cuando llamó Giovanna y el chofer pasó a recogerme, no dudé en llevar, junto a mi pequeña libreta de apuntes, mi nuevo libro. En el trayecto ojeé sus cuadros: mujeres desnudas que en pleno día contemplan un afuera, oficinistas retratados desde ventanas, hombres y mujeres que ociosamente toman café y fuman. Hopper es el gran paisajista del insomnio americano, me dije, pero el accidental juego lingüístico me pareció vulgar. Preferí una cita que aparecía en la contraportada del libro: «*Hopper is simply a bad painter, but if he were a better one, he would probably not be such a great artist*». Me gustó esa idea de que en el fondo se tratase de un pintor malo, de un pintor anacrónico que en plena modernidad, mientras sus compatriotas se dedicaban a esparcir pintura sobre el lienzo, se hubiese dado a la tarea de retratar paisajes. El gran acierto de Hopper era ese: retratar la intimidad del paisaje que apenas se insinúa. Pasando las páginas llegué a otro cuadro. Se

titulaba *Morning Sun* y estaba fechado en 1952. En él una mujer en camisón yace sentada en cama, de perfil y con las piernas recogidas. El cuadro está marcado por la luz que atraviesa el cuarto e ilumina el rostro de la mujer que a su vez parece observar con una paciencia total ese mundo que apenas se insinúa detrás de la ventana. Detrás del marco de la ventana apenas se muestra muy poco: los últimos despuntes de un edificio ciudadano de ladrillo rojo. Mirando ese cuadro, me dije que eso era lo que hacía de Hopper el gran paisajista americano: la forma en que invertía la lógica del género. Mostrarnos al insomne que mira y no al paisaje. Miré nuevamente el cuadro y creí ver a Giovanna y a la mujer del bar, pensé en el subcomandante y en el virrey insomne. El vaivén del carro al llegar al primer adoquín me hizo notar que ya nos acercábamos. Detrás de cualquier ventana, en un cuarto desprovisto de lujos, en un cuarto a lo Hopper, podría esconderse ella.

Esa noche no le mencioné nada. La encontré tensa, más ansiosa de lo común, moviéndose con la erizada energía de aquel que sufre una resaca. Indecisa e impaciente, Giovanna parecía concentrar su desasosiego en los músculos de la mano derecha, entre cuyos inquietos dedos sostenía una figurita que al cabo de un tiempo distinguí como un pequeño elefante de jade. Yo me limitaba a observar sus movimientos, a trazar mentalmente las peripecias del pequeño elefante, hasta que el recuerdo del cuadro que había visto hacía apenas unas horas me hizo verlo todo con otros ojos. Por primera vez la imaginé desnuda en plena sala, con las manos sujetando las rodillas y la mirada un tanto perdida, como si de un cuadro de Hopper se tratase. La imaginé desnuda en pleno insomnio, terriblemente pálida y ansiosa, como esos dedos suyos que ahora parecían sujetar la figurita de jade como si en eso se jugase la vida. Miré su falso pelo rubio, las raíces negras que ahora parecían esconder mucho más y algo en mí se dijo que el momento había llegado para actuar: dar un paso adelante y terminar con sexo esa broma que ahora amenazaba con sepultarnos a todos. Tal vez el código se hallaba allí: en la pasión de una noche detrás de la cual se escondía un día soleado. Por un breve segundo sentí que Giovanna pensaba lo mismo, que detenía el inquieto indagar de dedos y me miraba profundamente.

El timbre del teléfono detuvo la escena.

La vi dejar el pequeño elefante sobre la mesa, cruzar el laberinto de muebles que ahora me parecía insoportable, alzar el teléfono y contestar en una voz que en algo me recordó la voz que casi dos años antes había escuchado por la grabadora. Ansioso, todavía agobiado por la escena que acababa de imaginar, me incliné sobre la mesa buscando algo que pudiese tomar en mano. Entonces lo vi: un sobre apenas abierto con la estampa de una oficina médica sobre el dorso. Me quedé allí, recordando la tempranera llamada, los ecos de esa voz grabada que ahora parecía sollozar en el teléfono mientras se limitaba a afirmar y a negar con esa frágil fuerza que solo le es dada a los enfermos. Tomé la figurita de jade en mano y, como si de un talismán se tratase, la guardé en mi bolso. A su regreso, reconocí en el rostro de Giovanna la testaruda convicción de aquel que pretende mentir hasta las últimas instancias.

En algún lugar leí que no es mentira lo que se olvida. En los meses que siguieron a aquella extraña reunión permanecí fiel a esa perversa intuición. Traté de olvidar, mediante la laboriosa construcción de un alocado proyecto, la dolorosa verdad que creía haber visto aquella noche. Recuerdo que esa noche llegué al bar del *Bowery* con la sensación de que mi recién adquirido poder peligraba. Si no tomaba una decisión ahora corría el riesgo de permanecer en esa extraña penumbra que era la vida de los otros. La vida de los otros: como esa mujer que en el mismo bar se dedicaba compulsivamente a leer noticias. Saqué entonces mi pequeña libreta de apuntes y, allí donde hasta entonces decía *Hipótesis de Lectura*, escribí un título que me pareció más adecuado: *La Frontera Invisible*. Miré a mi alrededor, más por pudor que por otra cosa y, bajo el título, esboqué la silueta de esos falsos ojos claros con los que hacía apenas unas cuantas horas Giovanna me había mirado desde la patria de los enfermos. Solo entonces sentí que la imaginaria figura de mi antepasado se disolvía y finalmente aparecía yo en plena historia. Y era yo el que ahora decidía violentar las fronteras invisibles, era yo el que, en pleno bar, decidía levantarse de la mesa en la que hasta entonces me había mantenido callado, y era yo el que, rompiendo todas las leyes tácitas, se acercaba a esa mesa sobre la cual los periódicos yacían expuestos y, sin pudor alguno, apartaba una silla y se sentaba en ella. Era yo el que hacía caso omiso a los meseros que intentaban disuadirme y era yo el que, finalmente frente a esa mujer a la que sentía haber observado por siglos, pronunciaba la pregunta obvia:

«¿Por qué los periódicos?».

Lo que sigue lo recuerdo casi como un recuerdo artificial, como se recuerda en las películas, mediante la pura imagen. La forma medida y pausada con la que, negando la esperada violencia, su rostro pareció levantarse muy despacio del papel. Sus ojos tenían el tinte vidrioso que ganan ciertos rostros al ser fotografiados digitalmente. Una mirada terriblemente vacía pero no por eso profunda, unos ojos que simplemente se negaban a ser algo más que ojos, mera superficie sin profundidad y mucho menos abismo. Desde ese vacío sin abismo escuché la respuesta que aún hoy, con los cuadernos de Giovanna tirados sobre la mesa, me parece terriblemente pertinente:

«¿Y a ti que te importa?».

Aún hoy, pasadas las cuatro, la pregunta parece ser esa: ¿Y a ti que te importa? La pregunta siempre es esa: ¿Por qué decidimos involucrarnos con ciertas vidas y no con otras, porqué en media noche alguien decide rememorar una historia y no otras? Aquella noche en el Bar del *Bowery* aprendí que la paciencia no siempre merece historias o, más terrible aún, que a veces la curiosidad se queda en eso, en mera curiosidad, sin llegar a la anécdota. Que a veces todo lo que hay es superficie, mirada sin profundidad, dos ojos vidriosos que se dedican a rellenar las horas con letras. Finalmente creí entender algo: aquella mujer no leía nada, no buscaba historias más allá de lo que le ofrecía la superficie del papel. Como los copistas antiguos, como las computadoras actuales, su labor se limitaba a un mero registro del vocabulario anterior a la anécdota. O tal vez no, tal vez leía desde el centro secreto de su particular obsesión, pero en ese caso también todo terminaba allí: ante la coraza de la pasión privada que intuí en su mirada. No

llegué, o no creí necesario llegar a pronunciar una respuesta. Simplemente me disculpé como si de una imprudencia se tratase, guardé la libreta de apuntes y al salir creí revivir una escena: en las afueras de un bar cercano, dos muchachos se enredaban a puños. Solo que ahora sentía vivir la escena en piel propia, en presente y no en pasado, envuelta en todos sus detalles: el sudor de los dos muchachos, la peste a cerveza vieja, la sangre que parecía delinear la ceja de uno de los implicados, un muchacho altísimo que ahora era abrazado por sus amigos con la misma furia con la que él intentaba escapar. A principios del siglo XXI dos muchachos repetían una escena que de seguro habían vivido dos *gangsters* del siglo XIX, con la diferencia de que yo estaba forzado a vivir la escena en vivo y a color, en su presente absoluto, con la resolución moderna de la televisión. Crucé la calle con la convicción de que poco a poco comenzaba a desprenderme de mis viejos ropajes. Al cabo de unas cuadras me detuve en otro bar, saqué la libreta y leí esa frase que había escrito en el bar: *La Frontera Invisible*. Un proyecto se vislumbraba detrás de esa frase. Abajo, el esbozo de los ojos de Giovanna parecía recordarme que no sería un proyecto fácil, como nunca fue fácil el olvido.

La mirada de los gatos traiciona su eterna vigilia, dice siempre Tancredo. Lo dice como si los conociese, como si secretamente frecuentase sus reuniones, como si perteneciese él al mundo animal. Lo dice y luego se corrige. Los gatos, vuelve a repetir, habitan un entre mundo. Lo han demostrado los científicos, repite, como si a mí me importase y luego pasa a explicar eso que llama la ciencia: el hecho de que se ha demostrado que las ondas cerebrales de los felinos imitan la estructura de las ondas cerebrales de los humanos cuando estos duermen.

Tal vez por eso la tarde en que decidí afeitarme pensé en Tancredo. Afeitarme, ahora lo pienso, era mi forma de firmar la frontera de un cambio: un antes y un después con el que simulaba un cambio de vida. Frente al espejo me vi: cansado y viejo, más gordo que antes, pero aun así dispuesto a lidiar la última batalla. Y allí estaba la barba, esa barba que había tenido desde los veinte, a veces más frondosa y a veces más tímida, pero siempre allí, cubriendo gran parte de mi cara. Pensé que aunque fuese extraño Giovanna y yo nunca habíamos discutido el tema de la barba, el pelo como máscara. A fin de cuentas eso había sido la barba para mí: en un principio una forma de ocultar mi juventud, luego una forma de esconderme detrás del anonimato de lo común, hasta llegar a convertirse en la máscara que ocultaba una adultez precoz. Algo en mí, ahora, empezaba sin embargo a resistirse: algo quería volver a ser niño. Tanteé la barba con los dedos y, al ritmo de una bachata dominicana, vi la pelusa caer hasta que no quedó sobre mi cara más pelo que aquel marcado por un bigote saltarín. Reí al pensar que me había convertido, a fin de cuentas, en uno de esos gatos que mencionaba Tancredo, una especie de eterno vigilante del mundo de los dormidos. Reí al pensar que un hombre podía llegar a parecerse a un gato. Fue entonces que comprendí el sentido que tomaría la frase que acababa de escribir: *La Frontera Invisible* era otro nombre para la mirada. Pensé en Hopper y en los personajes de sus cuadros, esos hombres y mujeres que en pleno día parecían mirar hacia un afuera que nos

era, sin embargo, prohibido. Me miré a mí mismo en el espejo, con ese bigote saltarín pintado en medio rostro y jugué por unos segundos a volverme irreconocible. Jugué a perderme en mis muecas, con la alegría plástica de aquel que juega a repetir palabras hasta deformarlas. Todo cambiaba excepto la mirada. Sentí una alegría infantil al decirme que *La Frontera Invisible* sería eso: una enorme exposición sobre la mirada animal, un enorme desfile de ojos. Me dije eso y por un instante, mientras la rasuradora removía el bigote, olvidé la mirada de Giovanna, el sobre médico, los ansiosos dedos. Olvidé que la había imaginado desnuda en media sala, que la había deseado aunque fuese por un breve instante. Con el último corte, volví a mirar el espejo: me vi joven y extraño, convertido en un gato sin bigote, ansiosamente dispuesto a despertar. **C**

Orijinal calibrada  
 en esos túneles donde oía inaba  
 su voz  
 retumbando  
 dentro  
 en los momentos  
 creciendo y descomponiéndose  
 hasta salir por su boca  
 sostenida entre la lengua y la  
 garganta en esas palabras  
 curvas, verdades, estaban dadas  
 por el constante  
 inventado y renovado desorden de las letras  
 y también por los matices que las encajaban  
 como enredado de las  
 sonoras aquella red con las corvinas  
 brillantes revolcándose y las algar  
 arrancadas desde el ombligo de su cuerpo.

Del libro *Cuadro escrito*, con manuscritos de 1964 a 1980. Ediciones Licopodio, Sao Paulo y Buenos Aires, 1984. Impresión por fotocopiadora en blanco y negro sobre papel bond. Ejemplar No. 32 de 200.